



UN INTENSO VIAJE DE NOVIOS

***Premio SANTA APOLONIA de narraciones breves-
"Dr. D. Ignacio Jiménez Suárez" 2024***

UN INTENSO VIAJE DE NOVIOS

Alicia y yo nos habíamos casado el día anterior. En la sala de espera del aeropuerto de Barajas, mientras hacíamos tiempo para la hora del embarque que nos llevaría a nuestro viaje de novios; recordábamos con ternura ese primer día de facultad, cuando coincidimos al sentarnos juntos en nuestra primera clase de Odontología.

Conforme rememorábamos ese bonito encuentro fortuito, un leve dolor dental que había empezado el día anterior, cuando empezaba a ponerme el carísimo chaqué que la madre de Alicia me había impuesto para cumplir el protocolo de las familias bien, ascendía hacia grados intensos.

Lo había soportado durante toda la ceremonia, el posterior banquete y el baile; todo estoicamente porque era suave y no había que darle demasiada importancia. En la noche de bodas subió algo el tono, pero lo achaqué a la efervescencia del acontecimiento, donde las tensiones vuelan a su máxima expresión. Aún pude cumplir decentemente el pertinente cometido.

Preferí no quejarme mucho y menos decirle nada a Alicia. Un problema dental en casa de dos dentistas era más que suficiente para corroborar el viejo dicho español: “En casa del herrero cuchillo de palo”. Eso sin ponerme a contar ya los numerosos chascarrillos que los amigos soltarían al enterarse de tal indisposición precisamente en éstas cruciales circunstancias.

Menos mal que era ella quién se encargaría de entablar nuestras conversaciones acaparando todos los comentarios; eso sí, dejándome a mi, aquellos en los cuales yo no quedaba tan bien. Pero esta vez yo no estaba para muchas tertulias y menos para discusiones.

Aprovechando unos minutos para ir al servicio, el mismo que se encontraba algo lejos de la sala de embarque, compré un analgésico en la farmacia del aeropuerto que aliviase mi cada vez más intenso dolor.

Con la algesia dental algo controlada, accedimos a la aeronave que nos llevaría en vuelo directo hacia Perú. Visitar el Machu Picchu siempre había sido una aventura aparcada por varias veces; debido a su alto costo y de no disponer de los suficientes días libres para poder conocer las maravillas de ese milenario país.

Conforme el avión ascendía hasta varias decenas de miles de pies necesarios para tomar el rumbo directo hacia Sudamérica, el dolor que había sido algo neutralizado por el analgésico ingerido antes del embarque, nuevamente reiniciaba su molestia y esta vez con mayor intensidad.

Pensando en el origen que estaría originando ese molesto dolor dental, recordé cuando asistí como paciente para una endodoncia en un seis inferior izquierdo a la Clínica de la facultad. Mi doctor, en este caso doctora, era precisamente mi ahora flamante esposa sentada a mi derecha en el avión.

Habían pasado aproximadamente tres años de esa intervención dental y desde esa fecha, exceptuando las molestias habituales inmediatas, no había sentido ningún dolor relativo a esa pieza dentaria.

Entre mis pensamientos en medio del molesto dolor, estaba la interrogante: ¿Cómo le dices a tu chica, empezando tu luna de miel, que la pieza donde ella hizo una endodoncia hace ya tiempo, ahora está doliendo a rabiar? Decidí no mencionarle nada, mientras ésta fuese soportable.

Una vez alcanzada la altura máxima y la velocidad de crucero correspondiente, el aparato aéreo se estabilizó, al igual casi que el dolor. Estabilizarse quiere decir alcanzar una situación fija sin cambios, lo que significaba que aunque la intensidad del dolor no iba en aumento, seguía doliendo.

Ya con media hora de viaje transcurrido, me di cuenta de cómo no pedí en la farmacia, además del analgésico, un antibiótico y un antiinflamatorio; aunque no llevaba receta ni tampoco el carné de colegiado, quizás el farmacéutico se hubiese solidarizado y me hubiese expendido los medicamentos sin prescripción.

—¿Te ocurre algo cariño? — Preguntó mi mujer al verme algo inquieto.

—¿A mi?

—Sí, a ti, ¿No va a ser al vecino?

—¿A mi qué me va a pasar? ¿Te pasa algo a ti?

—No, a mi nada, pero sé que a ti te pasa algo, pero como siempre no me lo quieres decir.

—Cariño porfa, no empieces; que cuando tú empiezas no hay dios que sepa cuando terminas.

—No vengas con tonterías, que eres especialista en darle la vuelta al tema. Vamos, dime: ¿Qué te pasa? y acabamos antes.

—¿Acabamos de casarnos y ya quieres que esto acabe?

—¡Por dios Ignacio, contigo no se puede!.— luego se volteó para el lado opuesto y se puso a mirar las nubes por la ventanilla.

Con el apuro de vestirnos a la velocidad de vértigo, casi no habíamos desayunado, al menos yo; procuraba comer lo menos posible para no tener que masticar por la zona dolorida. Esperaría algo más para ingerir una nueva pastilla analgésica mientras no viniese la comida que nos servirían en cuanto el vuelo estuviese del todo estabilizado.

La salida de las azafatas de vuelo para anunciar que nos servirían algo, facilitaría la protección de mi estómago ante el siguiente analgésico que estaba a punto de ingerírmelo disimuladamente, mientras mi mujer se distraía con las nubes.

Para completar mi mala suerte; como un radar pescando su presa, Alicia dio un giro de cuello veloz al oír el sonido de la rotura del blíster que contenía la pastilla.

—¿Qué es eso, una pastilla?

—Bueno...sí, es que me duele algo la cabeza.

—¿Y de donde la sacaste?, si tú nunca llevas nada y sabes que yo sí llevo siempre analgésicos en el bolso.

—Bueno, la encontré ésta en mi bolsillo de casualidad.

—¡Sí claro!, un blíster entero en tu bolsillo de casualidad, ¿Me estás tomando el pelo? o crees que soy idiota. A ti te pasa algo y no me lo has contado; buena manera de empezar nuestro matrimonio.

—Cariño, no te pongas así, que no me pasa nada importante; es verdad que tengo un pequeño dolor de muelas, pero se me pasará enseguida seguro. Debe ser la altura a la que volamos.

—Se ve bien claro que no es la altura, ese dolor parece que viene desde antes de despegar. Ahora que recuerdo fuiste al servicio y te demoraste una eternidad, precisamente porque acudiste a la farmacia de la terminal en lugar de pedírmelo.

—No quise preocuparte, solo eso; no recordé que llevas analgésicos en el bolso en los viajes.

—Mejor vamos a dejar lo de la pastilla y pasemos al dolor. ¿Desde cuando te está doliendo?; y más te vale que me digas la verdad.

—Cariño, por favor, esto parece más un interrogatorio; no es nada, ya pasará.

—¿Ya pasará?, espero que así sea, porque menudo viajecito nos espera.

—No seas catastrófica, pasará y punto.

—No quiero ser nada, simplemente me adelanto a lo que veo.

Durante la comida, Alicia se dio cuenta que su ya marido, es decir yo, tenía muchísimas dificultades para poder masticar el delicioso menú. Había elegido pasta, rechazando los de carne y pollo.

Ese detalle le causó bastante extrañeza, porque vio que aún con ello, yo seguía sintiendo dolor a cada movimiento masticatorio; entonces sospechó que era más grave de lo que quería aparentar.

Por mi parte, sin pretexto que pudiese justificar mi padecimiento, decidí confesar que efectivamente era un dolor de muelas severo, que empezó inclusive antes de la ceremonia de la boda y que equivocadamente no le di importancia, esperando que por si solo desapareciese.

—A ver cariño, qué pieza es la que te está doliendo al parecer horrores; tienes que saber si allí tenías un empaste con alguna filtración y que posiblemente esté ocasionado una inflamación pulpar. ¿Me dejas que te explore?, tengo un espejito bucal que también siempre llevo conmigo.

—Ya te he dicho que no se cuál es el origen, posiblemente algo así, pero no hace falta que me explores, aquí no vas a poder ver nada, es mejor aguantar y esperar a llegar a Lima y buscar un dentista.

—Déjame mirar, estoy pensando y recordando una endodoncia bastante difícil que me tocó hacértela mientras hacía el Master. ¿Es esa pieza?, dime la verdad.

—Bueno cariño, no sé si es esa pieza u otra, no recuerdo cuál fue; da igual, no pensemos ahora en ello; me voy manteniendo con los analgésicos hasta que lleguemos, ya te lo dije.

—Entonces es esa, ¿verdad?, no lo quieres decir porque crees que me sentiré mal, pero piensa que me sentiré peor si no me dices la verdad. Solo me preocupo; además si es esa, ya sabremos algo más que decirle al dentista al llegar.

—Cariño dejémoslo ahí, quiero ver si me puedo quedar dormido al menos un rato y tú también duermes algo, vamos.

Realmente ninguno de los dos pudo conciliar sueño alguno; al contrario, ambos, cada uno por su lado, entramos en una serie de pensamientos que nos llevó a un túnel sin salida. Una vorágine de culpas que nos hizo cuestionar hasta nuestra propia relación.

Alicia quería descubrir, ¿Qué había sucedido con esa endodoncia?, y ¿Porqué después de tres años empezaba a molestar de esa forma tan aguda?. Tal vez pensaría si se habría dejado algo dentro.

En ese entonces no había tanta instrumentación como lo hay ahora y tampoco se tenía acceso a una visiografía con facilidad. Pero sí se contaba con pruebas radiográficas que mostraban, aunque en un solo plano, en diferentes ángulos, todos los pasos del tratamiento radicular. Yo ya pensaba en el destino que le esperaba a esa muela, seguramente la extracción.

Intuí que iba a ser muy difícil encontrar en Perú, una clínica cuyo endodoncista estuviese dispuesto a rehacer un tratamiento de años en el acto y solucionar el problema en el día, para no perder el viaje a la ciudad del Cusco. Allí nos esperaba un tour contratado para llevarnos entre muchos sitios a la famosa ciudadela del Machu Picchu.

Un aviso de cabina, para abrocharse los cinturones, nos despertó de esos pensamientos, pues el avión estaba atravesando una zona de turbulencias. La distracción aunque nerviosa por los movimientos y la vibración ligera del avión nos llevó a ambos a sustraernos del problema dental; en especial a mí, cuyo dolor había remitido ligeramente.

Pasado el impase del vuelo, el dolor volvió a su real intensidad, mientras Alicia a su interrogatorio.

—¿Cómo vas, Ignacio?

—Voy, que no es poco.

—¿Podrías ser más explícito?, sólo me preocupo por ti.

—Y te lo agradezco, pero harías más por mí si no estuvieses preguntando tanto.

—Mira cielo, no quiero discutir, y más si estás con dolor de muelas, pero ¿No crees que me estás contestando mal?

—¿Y no crees tú que me estás preguntando de más?

—Tenemos que pensar lo que le diremos al dentista al llegar. Piensa en eso.

—Espero que el dolor pase y no tengamos que ver a ningún dentista, preferiría que me lo vieran ya al volver a Madrid.

—Pero no vas a estar con ese dolor en todo el viaje, va a ser un infierno para ti y también para mí.

—Yo prefiero aguantar a quedarme sin muela al igual que le pasó a mi hermana.

Aquí sin querer, había abierto una línea vetada desde hacía ya mucho tiempo; exactamente desde que mi hermana Sofía, hizo un viaje a Indonesia.

Al llegar tuvo que ser atendida por un dentista local, el cual sólo pudo extraerle la pieza dentaria. Una muela que también llevaba hecha una endodoncia.

—¿Qué has dicho?

—Nada, olvídalo.

—¡Ni de coña, Ignacio!, has dicho:” Igual que mi hermana”. ¿Igual que, qué?

—Te he dicho que lo olvides.

Ya no sabía por donde salir de ese jardín en el que me había metido, consciente o no, lo había dicho; poco faltaba ya para que ella recordase lo que yo no quería que ocurriese; pero ella no era tonta y rápidamente pensó que su chico, es decir yo, no daba puntada sin hilo, y había algún mensaje en mis palabras.

—¿Tú hermana?... estoy pensando si no será también la muela que la traté.

—¿Pero qué dices?, ese fue un premolar.

—Claro, ahora lo recuerdo, le pusiste un implante en un premolar.

—Sí, pero fue del lado contrario, no enredes las cosas.

Alicia se puso a recordar cosas; ataba cabos, encontraba mentiras y ocultaciones más. ¿Pero porqué?, ¿Es que no había la suficiente confianza como para decirle la verdad?. Era una muela, sí; importante, también; pero era mi novia, nos habíamos prometido fidelidad y debíamos de contárnoslo todo.

De pronto se había abierto la caja de los truenos, y esto no había hecho nada más que empezar. Yo tenía en mi consciencia que lo había hecho por no herirla en su orgullo de buena profesional, que lo era, y un fallo o un fracaso lo tiene cualquiera, pero dos seguidos a la familia ya era otra cosa. Pero aún había más.

—Me has estado ocultando todo este tiempo que la pieza que le extrajeron a Sofía en Tailandia era el premolar al que yo le había hecho la endodoncia y que luego le pusiste un implante. Además me dijiste que era en el lado contrario por una fractura de otro premolar, comiendo frutos secos. Lo recuerdo bien.

—Vale, lo admito; perdona, pero entiende que lo hice por...

—¡Vuelve a decir que es porque no me sienta mal, paro el avión y te aviento por la ventanilla!

—Vale, no digo más.

—¡Pues yo sí!, aclaremos ahora ya todo, estoy recordando todos los tratamientos que hicimos a nuestras familias.

—Tampoco es momento para seguir con ello.

—¡Sí es momento!: Por ejemplo yo me acuerdo de los implantes que le pusiste a mi madre; cuando fracasaron yo te los dije sin ningún problema y además ella lo entendió; pues estabas en formación.

—Bueno, pero eso lo solucionásteis con otro Cirujano.

—Claro, porque tú te negaste a rehacerlo.

—Pero no fue porque no me creyese capaz de poder hacerlo.

—¿Entonces porqué no quisiste repetirlo?

—Fue por otra razón que no viene al caso ahora.

—¡Ah no!, me lo dices ahora, ¡Pero ya!

—Vale, si insistes te lo diré: ¡No los puse yo!

—¿Qué?, ¿Ahora qué tontería más vas a inventar?

—De verdad. Los puso Jesús.

—¿Jesús?, explícame eso, pero rápido, que me está hirviendo la sangre.

Yo como pude, con el dolor de muelas atormentándome, le conté con pelos y señales, que efectivamente fue mi compañero y amigo Jesús, quien había colocado esos implantes, debido a que para la cirugía del Máster, éste no tenía paciente y yo tenía tres.

A la madre de Alicia no le dijimos nada, entramos los dos al quirófano y cuando la paciente ya estaba tumbada y con los ojos cubiertos por un paño que le protegía la cabeza desde la nariz, presentamos el caso ante el profesor como si fuese paciente de Jesús; que fue quién realizó la cirugía, quedándome yo de ayudante.

—¡No me lo puedo creer!, ¡Claro!, mi madre de conejillo de Indias del torpe de tu amigo. Ya veo porqué no quisiste rehacerlo, simplemente porque no podías. La paciente era de Jesús.

—¡Ya está!, ya me he quitado un peso de encima; aunque no lo creas esto me estaba atormentando.

—¡Jaja, lo que hay que oír!, ahora resulta que el señorito tiene consciencia. Pero no te preocupes, más peso te vas a quitar de encima cuando volvamos de este viaje infernal.

Era cierto que éste viaje estaba siendo tal como ella lo había calificado: Infernal. Después de tantas discusiones y aclaraciones, llegaba el momento de dormir; las luces se apagaron dentro de la cabina del avión, las ventanillas cerradas y luego vino la indicación del personal de vuelo para que todos pudiésemos descansar.

Casi todo el pasaje del avión se quedó dormido, el vuelo se tornó de lo más tranquilo que perfectamente podías olvidarte de que estabas volando, ya que la estabilidad era tal que hasta podría parecer que estabas en tierra.

Alicia y yo, cada uno por razones algo distintas pero conexas, dormimos muy poco, por no decir nada. Nuestros pensamientos no se separaron de todo lo que habíamos discutido hacía un rato, aparte de la molestia severa de la muela que yo tenía, y el cabreo mayúsculo que llevaba ella.

El despertar de la mañana, aunque ya medio día según la hora del país al que nos dirigíamos, fue algo más tranquilo que la noche pasada. Claros se veían por las ventanillas y un sol precioso entraba por un lado de la potente aeronave. Fui yo quien se atrevió a dar los buenos días nada más abrir los ojos.

—Buenas cariño, ¿Dormiste algo?

—Algo si, ¿Tú como vas, te sigue doliendo?

—Bueno yo también algo he descansado; el dolor aunque sigue, es bastante menos que ayer.

—Pues me alegro por ello, ya cuando llegemos buscaremos un dentista.

—A ver si encontramos uno bueno.

Mi cara seguramente era un poema, se me notaría a la distancia que no había dormido casi nada y que llevaba el dolor encima. Alicia por su parte había dormido algo más, pero también llevaba agotada por todo lo que se había enterado.

Al final llegamos a Lima. Del hotel nos dirigimos en un taxi a una clínica dental cuya dirección nos habían proporcionado en recepción. Allí, tal y como lo habíamos intuido, el dentista nos dijo que su pronóstico era de inflamación severa producto de un fracaso endodóntico, cuya resolución inmediata era la extracción.

También nos había explicado que antes de ello, necesitaba la prescripción de antibiótico y antiinflamatorio durante una semana. Algo que lo habíamos aceptado sin decir nada más. Salimos de la consulta después de abonar los honorarios, directamente a una farmacia.

En el trayecto, Alicia comentaba sobre la atención del profesional, que en ningún momento nos trató de convencer para nada más y sólo se limitó a inspeccionar y radiografiar la zona afectada. Tampoco le habíamos dicho que éramos dentistas.

Al empezar a ingerir la medicación, como es natural, la inflamación empezó a remitir muy lentamente, y con ello el dolor. Al día siguiente embarcamos hacia la ciudad del Cusco. Todavía dolía con intensidad moderada al momento de aterrizar a la que llamaban: La Ciudad Imperial.

Desde el aeropuerto primero y en el hotel después, sendos vasitos de mate de coca se ofrecían a todos los turistas para combatir el mal de altura, pues Cusco estaba a más tres mil seiscientos metros sobre el nivel del mar.

Yo aproveché la ocasión, primero con el pretexto de combatir el dolor dental y luego por la altura, de beber todo mate que se me ponía enfrente; desde que empecé en el aeropuerto, luego en la recepción del hotel y luego en la propia habitación, en total me había bebido unos diez vasitos.

Cuando comparecimos ante el guía que nos llevaría por el circuito arqueológico alrededor de la ciudad, tuvo que ser Alicia quien hablase, porque yo no estaba en condiciones. Al parecer me encontraba en un “Coloque” con tanto mate, aunque yo no me daba cuenta y aún quería más.

Durante la travesía por distintos palacios, templos y fortalezas incas; mientras el guía describía sus características y la importancia que tuvieron en su época, yo solo me limitaba a decir que todo era precioso, bonito y espectacular; algunas veces sin mirar lo que era, causando alguna que otra risilla en los demás turistas del grupo.

Alicia, al verme y darse cuenta de mi estado, a la vez que pasaba vergüenza, pedía disculpas al guía y a la demás gente, del raro comportamiento de su marido. La mayoría sospechó que la causa se debería al haber bebido en exceso el referido mate de coca.

Pasado el efecto ya de vuelta al hotel, pedí ir directamente a la habitación; ya que el dolor había vuelto, aunque con menos intensidad. Además me encontraba bastante cansado. Alicia cenó un sándwich en la habitación, mientras yo me quedé rápidamente dormido.

El viaje del día siguiente sería en tren desde Cusco hasta la ciudadela de Machu Picchu. Aunque había dormido bastante por primera vez después de varios días, inicié la travesía algo desganado, pues el dolor volvía a ratos. Antes de salir del hotel, volví a beber unos cuantos vasitos más de mate de coca; pues el efecto era casi inmediato y el dolor cesaba completamente mientras duraba.

Durante el viaje, también bebí el mate que ofrecían en el tren; reforzando de esa manera la analgesia que necesitaba, mientras el convoy ferroviario serpenteaba unos acantilados siguiendo la ruta de un río algo caudaloso. En condiciones normales estaría muerto de miedo, nervioso y mirando hacia el lado contrario.

Sin embargo, con todo el mate estimulante, no solo combatía la altura y el dolor de muelas, sino también el vértigo que me perseguía desde mi infancia; cuando casi caí de una terraza del piso noveno donde asistía a una fiesta infantil.

Para sorpresa mía y de Alicia, me encontraba pletórico y disfrutaba del paisaje selvático de vegetaciones por mil, montañas por cientos y ríos cuya vertiente confluía en el Amazonas.

Eso no le gustó a ella en demasía; el cabreo le duraba y al parecer deseaba verme mal y arrepentido de toda la historia dental de la familia. Yo me cansé de sus reproches, me armé de valor ayudado por el mate y por primera vez en siete años de relación le planté cara. Discutimos muy fuerte y la relación quedó rota.

La vuelta a Cusco, luego a Lima y de allí a Madrid, la hicimos en asientos separados, después de haber dormido en camas separadas; la discusión sobre las endodoncias y los implantes familiares nos habían separado por completo sin lugar a reconciliación alguna.

Al llegar al aeropuerto de Barajas, las familias y amigos ya estaban al tanto de todo el lío mediante las llamadas de Alicia a todo el personal, lo que suscitó que dos grupos separados y quizás irreconciliables, nos esperarían en la terminal.

Mi maleta tardó más en aparecer por la cinta transportadora de equipajes, por lo que ella salió antes y me figuro que se marcharía con su grupo familiar. Venían a mi mente esos tratamientos dentales familiares fracasados, que serían los culpables de nuestra separación y nuestro ineludible divorcio sin haber vivido un solo día juntos.

Aún así, frente al carrusel de equipajes me preguntaba: ¿Cómo habíamos llegado hasta esta situación con tanta facilidad?. En eso vi que mi maleta la había cogido otra persona y se la estaba llevando fuera.

Rápidamente quise correr tras él, pero mis piernas no me obedecían, quise gritar a voz en cuello para que me oyese el presunto ladrón, pero tampoco me salía la voz. En eso noté que alguien me estaba sacudiendo, abrí los ojos y vi que era mi madre.

—¡Ignacio hijo, tranquilo!, creo que has tenido una pesadilla. Tienes que levantarte ya, que hoy por fin os casáis, Alicia es una buena chica.

—¿Qué?, ¡uff, no veas qué nohecita tan intensa he pasado!...

FIN